



# ¿Sabemos leer en la Red?

El internauta medio desconoce los elementos básicos de la arquitectura digital y a menudo carece de capacidad de comprensión crítica

¿Cómo leemos y escribimos en Internet? Las primeras investigaciones sobre esta cuestión corresponden a la época en que teníamos más ordenadores que conexión a la Red. Adoptaron una perspectiva generalista y contrastiva: comparaban la pantalla y el teclado con el papel y el lápiz. Desde varias disciplinas se destacó el carácter hipertextual (textos rotos en pedazos y conectados entre sí mediante vínculos), intertextual (varios documentos enlazados entre sí), multimodal (textos que mezclan prosa, fotos o iconos) o virtual (acceso indirecto, imposibilidad de «ver» la integridad del texto o de imprimirlo) de la lectura. También se confirmó que los procesadores (con sus funciones de formatear, copiar, pegar, mover y corregir textos) liberaban a los autores de las tareas más mecánicas de la redacción y permitían que estos se concentraran en lo más estratégico, como la elaboración de las ideas y la coherencia textual, lo cual indirectamente podía incrementar la calidad del escrito.

Con la diseminación de Internet, la lingüística apuntó hacia ámbitos más específicos. Pasaron a describirse los nuevos géneros sincrónicos (chat, juego de rol) o asincrónicos (correo electrónico, foro, web, blog, wiki, muro de perfil), las formas de cortesía usadas en la interacción digital (preferencia del *tú*, estilo directo, párrafos breves) o las formas espontáneas y no normativas de «escritura dialectal», surgidas con los SMS, los comentarios en foros o los chats (reducción vocálica, simplificación ortográfica, ausencia de tildes, juegos tipográficos o uso de emoticonos).

Al propio tiempo, la investigación aplicada se volcó en la ingeniería lingüística

o las industrias de la lengua, es decir, la adaptación a la Red del saber léxico y gramatical disponible. Así surgieron asombrosas aplicaciones en línea (correctores, traductores, analizadores, diccionarios), potentes, eficaces y gratuitas, con interfaces muy sencillas que esconden su complejidad interna y que cualquiera puede usar mediante unos pocos clics, pero que ofrecen buenos resultados solo si saben manejarse con finura.

También la psicología, el documentalismo y la mercadotecnia han explorado los aspectos de la lectura que les conciernen. La psicología ha rastreado el comportamiento ocular ante la pantalla, para estudiar cuestiones muy técnicas del proceso lector: descubrimos así que dedicamos más tiempo a ver las fotos, el encabezado o la barra de navegación que a procesar la prosa, o que nos fijamos solo en una parte pequeña del texto (entre el 20 y el 28 por ciento). También se ha concluido que la supuesta capacidad de procesamiento en serie o de multitarea asociada a los internautas más experimentados tiene límites cognitivos: al tener varias ventanas abiertas en la pantalla y saltar de una a otra, se incrementa el tiempo necesario para cumplir con cada tarea, así como el número total de errores.

Los documentalistas han estudiado la utilización de los motores de búsqueda o la navegación a través de la web, mediante el registro y análisis secuencial de las instrucciones que vamos dando al ordenador. De este modo, se ha esbozado el perfil de un internauta medio, más ingenuo o torpe de lo que parece, que no sabe navegar de la manera más directa: prefiere el lenguaje natural a los términos controlados (preestablecidos y empleados por los profesionales para etiquetar y recuperar datos) y desconoce elementos fundamentales de la arquitectura digital, como la distinción entre resultados patrocinados o libres, el uso de los operadores booleanos,

la estructura jerárquica de una web o la composición de un hipervínculo.

Las empresas de comercio electrónico han financiado numerosos estudios para averiguar los hábitos de consumo de los internautas, sus preferencias a la hora de elegir una web para comprar o sus criterios para navegar. Los resultados sugieren que las webs más fiables son las conocidas (o relacionadas con alguien conocido), correctas y claras, actualizadas y sin vínculos rotos, que atienden con rapidez y presentan un diseño atractivo. En esta misma línea, investigaciones educativas de corte etnográfico sugieren que muchos jóvenes —y quizá también algunos adultos— carecen de la capacidad de comprensión crítica necesaria para distinguir en la Red una opinión de un hecho empírico, una prueba científica de un alegato religioso o un anuncio comercial de una noticia periodística.

Algunos trabajos recientes, especulativos, exploran los efectos secundarios que provoca el contacto con la Red. Puesto que nuestro cerebro es plástico y se adapta a diferentes contextos y hábitos, sugieren que al acostumbrarnos a la rapidez, interactividad e inmediatez de los estímulos digitales podemos estar perdiendo parte de nuestra capacidad de atención sostenida o de hábito de lectura profunda, conquistados con años de práctica lenta de la lectura. Para otros autores, esta es solo una mirada prejuiciosa e interesada, enraizada en una tradición lectora en papel que se está muriendo.

A modo de resumen, si a principios del siglo XXI la separación metafórica entre nativos e inmigrantes digitales resumía la distinción categórica entre los lectores de papel o pantalla según su fecha de nacimiento, la formulación actual de visitantes y residentes digitales sugiere un *continuum* variable y una mirada más dúctil y compleja sobre una realidad tremendamente cambiante.

